

vivido como yo ni tenido la oportunidad de compartir con su autor las peripecias de toda una vida, desde la infancia hasta la vejez.

Son muchos los periódicos que ha traído mi querido amigo y al abrirlos para colocarlos saltan a la vista las noticias vulgares pero sorprendentes, casi increíbles, porque la noticia, la mera gacetilla, ha sido en todos estos periódicos caseros, lo más interesante durante su publicación, lo que más atraía la atención pública, en muchos números casi lo único leído y ahora, en la mayoría, lo que conserva más vitalidad. ¡Qué cosas ha escrito uno con aires de eternidad! ¡Y nacían muertas! ¡Qué alucinaciones y qué pretensiones tiene la juventud!

El día 4 de Enero de 1925 sale a la calle *El Despertar*, con el rescoldo de la Pascua y el horno caliente de cocer mantecados, sobrecargado de factores ferroviarios como lo está todo lo legítimo en Alcázar.

—A poco de publicarse el periódico murió Inocentón el de la Cayetana y seguidamente Antonio Castellanos "El Maestrín" y a continuación D. Oliverio, tres figuras de mucho relieve, cada uno por su estilo, si bien D. Oliverio sobresalía con mucho de los otros dos por su grandeza, que pudiéramos llamar universal, porque ni en su persona ni en su vida, hubo lugar para lo pequeño y su personalidad es la más fastuosa que tuvo Alcázar en su tiempo.

Era un hombre grande, muy grande, pero proporcionado, sin deformidades, es decir, que no era zanquilargo o cabezón, por ejemplo, sino que su gran torso hacía juego con su vientre y con sus miembros, resultando una figura gigantesca pero equilibrada y atractiva, que era lo contrario que le pasaba a Inocentón, tarado con profundos y llamativos desequilibrios hormonales.

Los recuerdos y las huellas que se conservan de su paso por la vida llevan el sello de la esplendidez de sus concepciones. El Casino y sobre todo la escalera, que ahora dan realce al Ayuntamiento, son una prueba de ello.

En su gran finca VILLA ASTURIAS, que nombró exteriorizando la fidelidad del sentimiento por su tierra ubérrima, sobraba de todo. Todo era el doble de lo que se necesitaba; bodega, casa, jardines, cuerdas y demás dependencias. En sus viajes compraba toda clase de animales seleccionados que se le malograban aquí, como a D. Enrique Bosch, el otro romántico de la agricultura local.

Se envanecía de que su casa fuera la mejor del pueblo. Pasando frente a ella para hacer testamentos en distintas partes del pueblo, le decía al oficial: Indudablemente tenemos la mejor casa del pueblo. Y fuera o